

Pablo de Rokha.

## ESQUEMA DEL PODERIO (1)

**E***N* aquel entonces, tú eras endeble y apasionada como la flor de las églogas, columpiando la mañana llena de polluelos de golondrina; una gran magnolia de miedo ardía entre tu pie y tu ilusión, e ibas llorando, distraída, aquello que aletea en la otra orilla de las últimas rosas... Yo rimaba signos, y era romántico y dramático, como el ideal de las mujeres muertas.

Posiblemente, la tonada embanderada que vivimos fuera la eterna voz recuperada en las nuevas vihuelas, porque todo hombre inventa el mundo cuando quiere y cuando muere, pero nosotros, sí, nosotros fuimos los primeros habitantes del país humano.

A estas alturas, un estilo de espadas quebradas incendia nuestros huesos viejos. Es la valentía guerrera y soberbia de aquellos que vivieron entre el azote y las llamas de Dios, estremecidos, y encadenaron los elementos adentro de sus corazones de leones. Y un frío temible y cerebral, como el océano, castiga las almas trizadas, estriándolas en aquella chimenea inmensa, Winett. Acorralados entre montañas grandes, nos golpeó la cara con su látigo de mares calientes, bramando, aquel viento de piedra que ardía en la razón nocturna de las tribus hebreas, aquel sol rabioso de Dios, ansioso de

---

(1) Dedicatoria al poema *Jesucristo*.

Dios; lo absoluto, aquella gran tristeza aventurera del antiguo idólatra. El amor nos mordió quemándonos, y el dolor nos lamió con tan amarga lengua la llagadura que el corazón se nos floreció de canciones.

Llegaron los hijos, desgarrándote, como a una higuera, la abundancia. Unos vivieron, otros murieron pisoteados, perseguidos por la eternidad, como el animal por el hombre y el hijo del hombre, semejantes a palomas guillotinas, bajo la cuchilla de Dios. Cinco niños, como cinco libros de oro, o cinco caminos de diamante, defienden tu pecho de la soledad asesina, y dos recuerdos te llaman desde la tiniebla.

Sembrados de osamentas, de osamentas están los desiertos del arte; amarillos esqueletos pueblan las leguas, la cantidad vacía, como grandes mitos macabros; son los camaradas caídos; sí; son los que no murieron y están muertos, completamente muertos de muerte infinita. Desde sus memorias sin lirios arañan las viejas víboras los corazones arados de sol y de batallas. Blanquea, como un nido de plata, tu cabeza, enormemente flor y cruz; lo mismo que una gran ceniza de volcanes apagados, toda la tristeza del siglo espolvorea mis cabellos,—espíritu con tierra con llanto, con sangre—, cabellos de animal sagrado, y un sudor violento y chileno, rojo y soberbio como vino asoleado, me baña el alma, perfumándola, como al cuchillo la garganta enamorada.

Semejantes a perros de fuego aullamos por la justicia infinita, por la bondad infinita, por la verdad infinita desde aquella gran humareda del abismo. Y las palabras rebotan del negro al rojo, del rojo al negro, calcinadas sin calcinarse, hechas en aquel metal del espíritu, en aquel metal de sufrimientos apagados, que clama adentro del corazón del mundo y es su ley maldita.

Ahora no son besos los besos, no, ahora no son besos los besos, es un beso doloroso y perfumado, ate-

rido y perfumado, vagabundo y perfumado como una rosa negra, comparable a la herida de un violín anciano, revolcándose en fragantes tardes degolladas, comparable a ese atado de dolor, que crece y arde en lo hondo de lo hondo de lo hondo de la humanidad su fragua enorme, y parece la materia de donde se hace lo divino, comparable a una cabeza cortada entre dos ejércitos.

Así se comprende, viviendo, lo absoluto.

Suspira aún entre la yerba espesa de mi pecho aquella niña preciosa que fuiste, toda pequeña diosa, pequeña forma pitagórica. Aquellos ojos eternos, agonizantes, debajo de la cabellera enlutada, negros, infinitamente negros, hechos de oro negro, en el cristal del cuerpo nuevo, del cuerpo tierno, ingenuo; aquellos ojos inmensos..... puros brazos, finas piernas vegetales, y un pie tallado en agua inmóvil. Nada tan matinal, nunca, tan sacrosanto, tan delicioso, tan de flor religiosa como tus altos pechos duros de virgen.

Evocaría el trigo del Africa, la flor noruega, la manzana y la castaña y la naranja del más dulce Otoño, la uva madura en el viñedo, la malva florida en los patios de las casas de españoles, el pan, la miel judía, el sol de los últimos besos, la golondrina vestida de cielo, para hacer tu canción de antaño.

Ahora no nos preguntamos qué es aquello que nos empuja y nos orienta en la desilusión definitiva, aquella fe tremenda y soberbia, fe de león, fe de volcán, abrasadora, religión de altas llamas blancas, abstraída, infinita, sin materia; ahora no nos preguntamos por qué nos hemos quemado la vida, alevosamente, tranco a tranco, como aquel que conoce el vacío y el misterio de la existencia; ahora no nos preguntamos si queremos o creemos, o si queremos lo que creemos, o si creemos lo que queremos, o si queremos lo que creemos porque lo creemos y lo queremos y lo cree-

mos, y la voluntad de conocer es conocer, y es conocer hacer y es conocer poder y todo lo contrario, no, cargamos a la espalda todas las cosas invisibles, doblados, callados, como los antiguos aventureros a la siga de las hijas malditas, mordiendo cuchillos sangrientos.

En este instante sin tiempo, como un rebenque de siete serpientes anudadas, aullan los sarnosos lobos, y en las nuestras cavernas de santos el gusano y el toro y el batracio y las aguilas otorgan su gramática al alma humana.

Es menester el profeta, no el poeta, Winett, el incendiario rodeado de salamandras, la autoridad de metales incandescentes que produce Juan de Patmos, la substancia volcánica de Job y Ezequiel, aquellas afirmaciones eternas, de acento egregio que formularon las razas cuadradas del Asia y los escritos, rojos ladrillos, amiga. Por eso queremos la antigüedad, la más antigua antigüedad, lo antiguo. Astrólogos quiméricos de la época, dirigimos su matemática enorme, su futuro desde su pasado, el colosal terror del porvenir desde los altos números de la Mesopotamia.

Adentro de nuestro hoy inmenso, pelean la bestia y Dios, con grandes palancas de silencio, y un son heroico columpia bandera de pólvora encima de tu voz pequeña y tronadora como la ley del átomo.

Mi vida salvaje encontró ecuación queriéndote y me desperté taciturno, solitario, poderoso como un general desterrado; así creció mi espíritu encadenado en la total voluntad de la cadena y el límite, y la epopeya fué la alegría que rebalsa la máquina matemática, rompiendo y tronchando el engranaje; mi voz te lleva adentro como un antiguo tesoro perdido.

Parecida a una hermosa canción, la juventud se derrumba y se deshoja, rodeada de amarillas frutas, de amarillos pianos del crepúsculo, y, aunque mi poema acaricia siempre tus siempre veinte años, con el pelo

suelto, a la espalda, algo se muere, se hunde, se pierde, y entra un mundo mojado desde el pretérito.

Parece un mundo lleno de gente muerta mi corazón, y tú aquel ramo de nidos o aquel jarro de vino que perfuma la caída del sol y sus guitarras, Winett; un gusto a higos dorados tiene tu lengua; y una elevada lluvia golpea los tejados y apremia la cosecha de las hojas, invitándonos a la antigua poesía del brasero, antología de todos los idilios de la historia, desde que nace el hombre, y agoniza queriendo; suspira la provincia los olvidados campanarios provincianos; lo mismo que trajes raídos, los apolillados recuerdos y sus flores, tristes flores van llorando vidas.

Y asoma la aurora roja de Jesucristo entre los hombres.